

El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 4º



EN LAS GARRAS DEL MONSTRUO

En 1944, cuando hacía más o menos una década de la total desaparición de la novela por entregas —que no hay que confundir con el folletín—, resucita, si bien brevemente, tan solo en dos obras: Primero en «El Dragón de Fuego» y a los pocos meses con «La secta de la muerte».

Ambas fueron escritas por el polifacético Fidel Prado Duque (1891-1970)

. Estas novelas por entregas fueron de aventuras exóticas, la primera transcurre en la China milenaria, la segunda en la India misteriosa.

Cargadas de tópicos no se aconseja su lectura a progres acérrimos, sino a personas más cultas capaces de situarse en la época y circunstancias en que fueron escritas, esta serie de entregas en particular, puede circunscribirse plenamente dentro del género del «Peligro amarillo», cuya primera referencia puede encontrarse en el excéntrico autor Matthew Phipps Shiel, que en «La emperatriz de la Tierra», publicada de forma seriada presentaba al Dr. Yen How, claro precursor de Fu Manchu, Wu Fang y otros malvados orientales.



Fidel Prado

En las garras del monstruo

El dragón de fuego - 4

ePub r1.0

Titivillus 15.03.2020

Fidel Prado, 1944

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



EN LAS GARRAS *del*
MONSTRUO



Capítulo primero

LA CAPTURA

Exponiéndose a cada movimiento a rodar por la trágica pendiente del farallón, pero animados del más alto espíritu de valor, Karus y Regis continuaron su descenso, dejando poco a poco sobre sus cabezas la explanada donde se erguían al sol las ruinas del templo azul.

Por fin, cansados, jadeantes, con los nervios deshechos por la tensión de la media hora sufrida, lograron poner pie en la llanura, libres de todo peligro y como impulsados por un mismo sentimiento, se dejaron caer de bruces sobre la amarilla y reseca tierra, respirando ruidosamente. Pero, dándose cuenta de que permanecer mucho tiempo al descubierto en aquella abrasada llanura era exponerse a que los millares de ojos que vigilaban les descubriesen, decidieron continuar la fuga.

—¡De buena hemos escapado, Regis! —aseguró el profesor.

—No ha sido mala, señor, pero que de todas salgamos tan bien librados.

—Dices bien. La jornada ha sido de emoción.

El criado, que examinaba con ojo de lince el paisaje, exclamó, señalando un pequeño bosque que se abría a quinientos metros de allí.

—Vamos a refugiarnos entre aquellos árboles y allí decidiremos cuál ha de ser nuestro rumbo futuro.

A buen paso ganaron la sombra del bosque y allí, sentados cómodamente, se dispusieron a trazar planes.

—¿Qué deberemos hacer primero? —preguntó Karus.

—Si pudiera ser, lo primero comer bien, darnos un buen baño y dormir cuarenta y ocho horas seguidas sobre un colchón de plumas...

—No sueñes y atente a la realidad. Yo también tengo un hambre

y una sed de sueño terribles, pero hay algo más urgente que hacer.

—Sí, lo que no sé es por donde hemos de internar la fuga. El canal me atrae, pero debe estar vigiladísimo.

—Y las carreteras también. Estamos en un círculo de hierro.

Regis aguzó el oído y haciendo señas al profesor para que enmudeciera, se adelantó un poco y echó un vistazo fuera del límite del bosque.

Había percibido batir de cascos de caballos y temía que algún grupo de perseguidores se les echase encima. Pero pronto se tranquilizó. Los caballos —una pareja enana pero muy resistente— avanzaban tirando de un carricoche de madera, atestado de verduras.

En el pescante, dos chinos pobremente vestidos, se cuidaban de la conducción del ganado.

Regis concibió un plan audaz, y sin vacilar un momento, dijo apresuradamente al profesor:

—Saque el revólver y sígame. Vamos a escapar de la red que nos han tendido.

Cuando el desvencijado carricoche avanzaba casi rozando la entrada del pequeño bosque, Regis saltó en medio de la senda y afianzando a los caballos con una mano, con la otra encañonó a los dos chinos, gritando:

—¡Saltad a tierra inmediatamente!

Uno de ellos, quiso intentar defenderse, pero el revólver del profesor que le amenazaba inquietante, le volvió prudente.

Los «coolies» se apearon, no sin protestar con su chau chau gutural y Regis les obligó a internarse entre el arbolado.

Allí les ordenó despojarse de sus miserables vestiduras que fueron cambiadas por las del profesor y las suyas y cuando quedó terminada la transformación, dijo:

—En el carrito he visto unas cuerdas, señor, tráigaselas que vamos a dejar bien amarrados a este par de pájaros amarillos.

Tras; amarrarlos a conciencia y taparles las bocas con sus propios pañuelos, Regis buscó un gran declive que se hundía entre hiedra y hojarasca y allí dejó depositados los dos cuerpos para que no fuesen fáciles de descubrir.

Luego, seguido del profesor, subió al pescante y empuñando las riendas, fustigó a los caballos que emprendieron un trote ligero.

—Ahora —comentó— que digan que usted y yo somos ese par de diablos blancos que traen en jaque a media China desde que llegaron a ella.

El profesor sonrió, divertido, asegurando:

—En efecto que eres un verdadero diablo, Regis. Ahora, de un amarillo verdoso, pero diablo.

—Qué, ¿estoy guapo con estas vestiduras?

—Como para darte una limosna y no dejarte acercar mucho a tomarla. Eres la estampa de la miseria.

—Pues usted no está para una recepción en el Palacio Imperial. Con esa ropa y ese sombrero, parece una máscara.

Regis, muy divertido con su estratagema, fustigaba a los caballos y de vez en vez, volvía la mano para tomar las hojas de alguna col, con las que calmar un poco el hambre que le devoraba.

De vez en vez, también, con un vozarrón como para provocar una tormenta, cantaba en un chino macarrónico una canción que había oído a los conductores de juncos que decía:

*Por el Río Amarillo,
en un junco veloz,
voy hacia el paraíso de Buda...*

El carricoche caminaba por una especie de senda polvorienta que se retorció entre declives terrosos bordados por setos, moreras y laureles.

—¿Hacia dónde caminaremos, Regis? —preguntó el profesor.

—No lo sé y me gustaría saberlo —afirmó el criado.

—Si esta senda nos llevase hacia el

Pei-ho

, podíamos remontarlo en alguna barca y llegar hasta cerca de Pekín.

—¿Otra vez al mismo sitio?

—Si —aseguró el profesor— creo que si les despistamos será donde menos nos busquen y con ayuda del embajador podemos intentar un nuevo golpe. Además, necesitamos muchas cosas que hemos perdido.

—Pues buscaremos ese Pei-ho —aseguró Regis—, y lo remontaremos.

Habían andado un buen trozo de camino, cuando Regis, que poseía una vista muy aguda, refrenó un poco los caballos, advirtiéndolo:

—Cuidado, veo allá delante un par de jinetes y me figuro que son espías. Amartille el revólver y si hay que hacerles tragar plomo, adminístreles una buena dosis.

En efecto, al torcer una curva, dos jinetes armados de carabinas les cortaron el paso.

El profesor, que era el que hablaba el chino bien, fue el encargado de responder al interrogatorio.

—¿De dónde venís, perros asquerosos? —preguntó un jinete, acercándose al carro.

—¡Oh, gran señor! —replicó humildemente el profesor—. Venimos de

Tien-Tsin

y vamos a la granja del gran mandarín

Meng-Wu

, que Buda guarde, a entregar estas asquerosas hortalizas.

—¿No habéis encontrado a nadie por el camino?

—¡A nadie, gran señor!

El jinete ordenó a su compañero:

—Registra el carro de estos inmundos «coolíes».

Mientras el segundo jinete registraba el carro, el primero se acercó más al pescante y de repente, se quedó como extático con la vista clavada en la mano derecha del profesor, cual si en ella hubiese un imán.

Éste sintió una angustia infinita y sin querer, llevó también la vista a su mano, dándose cuenta de que en ella lucía aún la sortija con el Dragón Rojo.

Entonces tuvo un arranque de audacia y encarándose con el jinete, preguntó:

—¿Cuál es el animal más venenoso?

—El dragón replicó rápidamente el jinete.

—¿De qué tiene la piel?

—De fuego.

Entonces, el profesor, con voz tonante, rugió:

—Vil gusano ¿y tú, perteneciendo al «El dragón de fuego» has osado detenerme a mí, al gran mandarín

Chie-Yo

uno de los cuarenta elegidos?

El jinete, asustado, se inclinó, suplicando:

—Oh, gran mandarín, perdona a tu asqueroso siervo, pero él te desconocía... Le han ordenado vigilar para que no se escapen esos dos diablos blancos que andamos persiguiendo. ¡Yo-Fey, no registres más!

El chino cesó en el registro, acercándose al pescante.

Karus, antes de que pudiesen entrar en sospechas, preguntó:

—¿No cruzó nadie sospechoso por aquí?

—Nadie, gran mandarín.

—¿Está muy lejos el Pei-Ho?

—Dos horas o más de jornada.

—Bien, por esta vez, os perdono por no haber sabido tener vista para conocer a los hermanos de secta. Lim —añadió dirigiéndose a Regis— adminístrales un par de latigazos.

—¿Dos nada más, señor? —preguntó compungido Regis.

—Nada más...

El criado, con loca fruición levantó el látigo, dejándolo caer sobre las costillas de los chinos, los cuales bramaron de dolor al recibir el castigo.

Luego azuzó a los caballos y el vehículo rodó de nuevo por la polvorienta senda.

Cuando se encontraron lejos de los burlados chinos, Karus rompió a reír estrepitosamente y Regis, muy serio, gruñó:

—Es usted un tacaño sin entrañas, profesor.

—¿Por qué?

—Porque usted, siempre tan generoso, se ha conformado con obsequiar a esas alimañas solamente con dos latigazos. ¿Cuántos le hubiesen aplicado a usted si le reconocen?

—Sí, tienes razón, pero nos han sido muy útiles informándonos.

—Bueno, menos mal que les he atizado dos zurriagazos que valen por seis cada uno.

Habían dejado atrás una buena parte del camino, cuando el profesor inquieto tuvo una duda:

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—No. ¿Es algo grave?

—Sí lo es. ¿Qué sucedería si alguien descubriese a los verduleros

y éstos contasen lo sucedido?

—¡Pues que inmediatamente saldrían cien mil ratas amarillas arrastrando el morro detrás de nosotros!

—Justamente, y cuando esos dos «coolies» contasen lo que ha sucedido, nos echarían mano.

—Bien, pero ¿qué podemos hacer para evitarlo?

—Esconder el carro y tomar un camino cualquiera que nos aleje de él. Esto les despistaría, aparte de que ya no debemos estar lejos del río.

Regis, después de ponderar la situación exclamó:

—Creo que tiene usted razón. Vamos a esconder el carro en aquel macizo de zarzales y a largarnos por ese otro lado que la espesura nos protege. Tengo un hambre horrible y una sed mayor.

Escondieron el vehículo lo mejor que pudieron y atravesando la senda se internaron por una maraña de zarzales que se perdían por un terreno sinuoso.

Regis, a falta de cosa mejor, se dedicó a comer moras, y el profesor, imitándole, no le dejó que le ganase la partida.

No lejos de allí, descubrieron un arroyo en el que bebieron hasta hartarse y ya calmada en parte aquella necesidad, Regis advirtió:

—Creo que lo mejor sería buscar un lugar donde dormir un poco hasta que se haga de noche. De día es muy peligroso aventurarse por un terreno desconocido.

—Creo que has tenido una buena idea. Busquemos un lugar a propósito si lo hay y sigamos tu consejo.

Tras mucho rebuscar, Regis descubrió una pequeña cueva bastante bien disimulada entre los matorrales e indicándola, dijo:

—Creo que éste es el mejor hotel que podemos encontrar por estos contornos. Aquí, al menos, no habrá chinches ni ratas incoloras que nos molesten.

—Pero puede haber dragones —aseguró el profesor.

—Si son de los de verdad, no les temo. Me dan más miedo los que tienen dos patas y coleta.

Amontonaron gran cantidad de hojas secas de laurel y tras formar unos mullidos lechos se tumbaron, en el interior.

Regis, que no perdía su buen humor, aseguró:

—Pienso dormir hasta que el Mar Amarillo llegue hasta aquí. Si viene nuestro mayordomo, díglele que el desayuno nos lo sirva en

bandeja de plata.

A pesar de la preocupación que les dominaba, no tardaron en quedarse dormido. Era tal el cansancio y las mociones en aquellas largas horas de luchas y peligros, que la carne pudo más que el espíritu, rindiéndoles. Como el sol no había alcanzado aún su máxima altura, podían dormir siete u ocho horas que les serían muy beneficiosas y después, cuando la noche se echase encima, no les sería difícil orientarse para alcanzar el río.

Regis, preocupado con la terrible secta de «El dragón de fuego», soñó con Wang-Cheng y sus terribles secuaces sin poder sacudirse tal obsesión.

Ahora, sus sueños adquirirían caracteres terroríficos. Soñaba que huyendo del terrible jefe de la banda, había empezado a descender por galerías inmensas que se hundían en la tierra y que cada vez se alejaba más del mundo civilizado para adentrarse por regiones donde el calor ahogaba y la carrera para huir de sus perseguidores era agotadora.

Ahora no eran «ratas amarillas», como él decía, sino rojas, con unos tenedores horribles y unas garras de acero y el infeliz Regis no encontraba donde refugiarse de aquel acoso.

De repente había surgido ante él una horrible hoguera que le cortaba el paso. Delante tenía las llamas imposibles de atravesar y detrás, pisándole los talones, toda una legión de seres monstruosos que ya estaban a punto de echarle mano.

Regis, sin más armas que sus puños, no podía defenderse eficazmente, pero decidido a vender cara su vida, se detuvo esperando el ataque de aquellos demoniacos entes.

Una enorme masa de aquellos seres viscosos y repugnantes había caído sobre él tratando de atenazarle por el cuello y aunque hundía cráneos y aplastaba narices cada vez, el círculo era más denso y el espacio para revolverse más pobre.

Por fin alguien pudo saltar sobre él atenazándole por el cuello. Regis sentía la violenta presión que le ahogaba y se debatía furiosamente para sacudirse aquella mano de hierro, pero sus esfuerzos eran baldíos y llegó a ser tan agobiadora la sensación de ahogo, que despertó bruscamente tratando de incorporarse.

Pero su sueño había cristalizado en una realidad trágica, Cuando trató de levantarse, se observó aplastado por una masa moviente

que le impedía todo movimiento, mientras unos gritos guturales le taladraban lo oído.

Regis hizo un sobrehumano esfuerzo y logró repeler el montón mínimo de carne que le ahogaba, pero su esfuerzo obtuvo poco resultado, pues como si se tratase de una marea, otra vez cayó sobre él asfixiándole con la presión. Pronto se dio cuenta de que ahora no soñaba. La presión era real y agobiadora y la masa monstruosa de carne amarilla que pugnaba por abortar todo intento de defensa no era una ficción.

Rugiendo como una fiera herida llamó al profesor, pero solamente un lamento dolorido de éste, le hizo comprender que también él había sido víctima de la turba amarilla, Comprendiendo que sus esfuerzos solamente le llevarían a romperse los brazos o las piernas sin utilidad, cesó toda defensa. Era preferible reservar energías para momento más propicio que desgastarlas en vano.

Prontamente se vio atado como un fardo. Aquellos diablos ictéricos, eran maestros en hacer nudos complicados y Regis se dijo que no sería de aquellas amarras de las que pudiera escapar con la misma facilidad que a ellas fuera amarrado.

Cuando por fin le soltaron y pudo volver la cabeza, descubrió al profesor en situación análoga, y frente a ellos, a la entrada de la cueva, más de dos docenas de chinos fornidos y feroces, que les contemplaban con rabia y les amenazaban con afilados cuchillos.

Regis se sintió furioso y en inglés preguntó:

—¿Qué fue eso, profesor?

—¿Qué va a ser, Regis? El final de nuestra aventura. Nos han cazado como ratas.

—Bien, aún vivimos y mientras hay vida hay esperanza. Lo que siento es que me hayan pillado dormido, impidiéndome merendarme una docena de éstos sapos asquerosos.

No habló más, porque uno de ellos le aplicó con rabia el pie sobre la boca.

Capítulo segundo

«EL DRAGÓN DE FUEGO» ACTÚA

Cuando Yun-Nan, el viejo chino representante de Macao, logró internarse por los escondrijos del templo con el precioso documento arrebatado al profesor, una alegría salvaje se apoderó del mal herido chino. Fanático de la secta, hubiese sacrificado por ella cuanto se puede sacrificar y así, en un exceso de vitalidad y espíritu sectario, tuvo ánimos para arrastrarse por las losas del templo y sobrevivir para terminar dando aquel golpe de efecto.

El viejo y robusto chino, agotadas sus fuerzas se refugió en un laberinto desconocido del profesor y Regis y allí esperó un tiempo prudencial hasta asegurarse de que la persecución resultara infructuosa y de que los dos diablos extranjeros terminarían por decidirse a huir antes de exponerse a ser capturados por rescatar aquel precioso documento.

Sintiéndose agotado, realizó un supremo esfuerzo y volvió al templo para alcanzar la glorieta donde un grupo de sectarios emboscados, vigilaban en espera de poder capturar a sus enemigos si se aventuraban a salir por allí. Arrastrándose penosamente, se dio a ver de los guardianes y con voz apagada, dijo:

—¡Pronto... avisar a Wang-Cheng. Tengo para él algo muy importante que entregarle... se la quité a los diablos extranjeros que... se acaban de fugar...!

Los guardianes se resistían a creer en ello, pero el chino, invocando su autoridad de elegido de la secta, obligó a que un guardián marchase a todo correr a la capital en busca del terrible jefe, hospedado en la casa de uno de los más conspicuos mandarines de

Tien-Tsin

Cuando Wang-Cheng, que se había entregado al reposo, recibió

el urgente recado, abandonó el lecho de un terrible humor y al saber que los dos inaferrables enemigos se habían fugado por fin, burlándose de todos sus guardianes, se prometió tomar cumplida venganza de los ineptos sectarios que habían quedado al cuidado del templo.

Montado en una «rikscha» portada por dos robustos y agilísimos «coolíes», se trasladó al templo, donde el malherido

Tun-Nan

contaba con ansia los minutos que el Gran Jefe tardaba en llegar, temiendo que lo hiciese demasiado tarde.

Tras Wang-Cheng, dándole escolta, marchaba su fiel verdugo, el ciclópeo y terrible Sun y media docena de chinos más. Cuando el sanguinario jefe penetró en el templo, los guardianes temblaron como la hoja en el árbol azotada por el viento, pero Wang-Cheng, preocupado por lo que el representante de Macao quería revelar, preguntó con voz tonante:

—¿Dónde está Tun-Nan?

Un «coolie» se apresuró a conducirlo a una de las cámaras, donde el chino aparecía tumbado sobre las losas. El herido al verle, sintió renacer la esperanza en su pecho e inclinándose, balbució:

—¡Oh, gran Jefe! Buda ha querido conservar mi indigna vida hasta tu llegada, para poder poner en tus manos algo por lo que todos hubiésemos dado gustosos la vida. Toma esto, lo arrebaté de manos de esos sarnosos extranjeros y se refiere al tesoro de los Lamas. Lo encontraron en el Buda del templo y yo se lo quité a ellos cuando trataban de huir. Que tu grande y larga sabiduría sepa descifrar su contenido y servirse de él en beneficio de la secta.

Wang-Cheng tomó el pergamino y sin preocuparse del chino que se moría por momentos, abrió el rollo con ansia y lo leyó. El más vivo asombro se reflejó en su rostro al enterarse de su extraño contenido.

Saciada su curiosidad, quiso inquirir más detalles, pero ya el fanático

Yun-Nan

había subido al paraíso de Buda. Wang-Cheng, colérico, se volvió hacia Sun, quien como una estatua amarilla le contemplaba y ordenó:

—Reúne a esa asquerosa chusma y llévatelos a la galería de los

calabozos; quiero comprobar por mí mismo que ha sido posible la fuga de ese asqueroso extranjero.

Sun, ayudado por los hombres de la escolta, empujó despiadadamente a la docena de «coolies» que habían estado de vigilancia en el templo, llevándoles a las mazmorras.

Cuando el terrible jefe penetró en ellas y descubrió que el calabozo donde dejara al profesor estaba abierto y el preso se había fugado, su furor no tuvo límites y arrancando de manos de su verdugo el terrible látigo de cuero, golpeó con saña infinita a sus secuaces, pretendiendo que éstos declarasen quien había traicionado a la secta dando la libertad al prisionero.

Como a pesar del terrible castigo nadie se confesase autor de la traición, arrojó el látigo y encarándose con Sun, ordenó:

—¡Llévatelos al pozo sin fondo!

Los «coolies» bramaron y se arrastraron por las ensangrentadas losas pidiendo clemencia, pero el feroz jefe les golpeó inhumanamente arrojándoles de sus pies.

Como fardos fueron sacados de allí y conducidos a una estancia abovedada de piedra lisa, cerrada con una gran puerta de bronce, en cuyo centro se abría una mirilla de recios barrotes.

Sus verdugos les arrojaron a latigazos en el interior de la estancia y la gran puerta se cerró tras ellos.

Wang-Cheng, con los ojos fulgurantes de ira, se acercó al mirador, y oprimiendo un resorte oculto entre la jamba de la puerta, esperó.

Poco a poco, el piso se fue deslizando hacia un lado de la pared, dejando ver un vacío negro e impresionante, de cuyo fondo se elevaba rugido feroz de unas fieras.

Los chinos, en un ansia suprema de vivir, se replegaban hacia la pared tratando de retrasar el momento trágico de su caída al abismo, pero el piso lenta e implacablemente iba reduciéndose, hasta que llegó un momento en que no cabían en la estrecha faja que restaban los doce condenados. Entonces éstos, en su locura lucharon entre sí para conservar su puesto en el reducido piso y uno a uno iban cayendo en el vacío entre impresionantes gritos de terror, Wang-Cheng se recreaba sádicamente en aquella terrible agonía y solamente cuando vio desaparecer al último en aquel terrorífico agujero lanzando una siniestra maldición contra su

inhumano jefe, se separó del mirador, sin que ni un solo músculo de su hierático rostro se conmoviese.



...cuando vió desaparecer al último en aquel terrorífico agujero...

Volviéndose hacia los aterrados chinos que le habían acompañado, advirtió fríamente:

—Así castiga «El dragón de fuego» a los que no saben servir sus intereses.

Tras éstas palabras, abandonó la estancia, seguido por sus verdugos.

Después, encarándose con Sun, ordenó:

—Busca al número «tres» y al número «diez» de este distrito y ordénale de mi parte que localicen a esos miserables diablos blancos. No pueden haber ido muy lejos y los necesitamos o acabaré con toda la secta por inútil.

Y volviendo a su «rikscha», se hizo conducir al palacio del mandarín donde se hallaba hospedado.

Pronto la voz de alarma sacudió de nuevo las entrañas de Tien-Tsin

y cientos de hombres se desparramaron por todas partes en busca

de los odiados extranjeros.

En la rebusca, uno de los jefes descubrió en el bosquecillo a los dos conductores del carro de verduras maniatado y éstos entre expresivos gestos de indignación, contaron cómo habían sido reducidos la impotencia.

Establecida esta pista, dos docenas de jinetes se lanzaron por la senda en busca del carricoche. Éste no podía haber avanzado mucho y creían fácil localizarle en el camino.

Cuando llegaron al lugar donde montaban la guardia los dos chinos que recibieron latigazos de manos de Regis, el jefe del pelotón les interrogó:

—¿No ha pasado por aquí un carricoche de verduras conducido por dos «coolies»?

Uno de los jinetes se inclinó, respondiendo:

—Sí, y el mandarín Chie-Yo, que lo guiaba disfrazado, nos obsequió graciosamente con dos latigazos por no haberle reconocido. Llevaba la sortija con el dragón.

—¿Dónde están? —preguntó el jefe, furioso.

—Preguntaron si estaba muy lejos el

Pei-ho

y continuaron el camino. Nosotros ignorábamos que...

No pudo terminar la frase. El jefe del pelotón levantó el pequeño látigo que llevaba en la mano y cruzó la cara del «coolie», marcando en ella un terrible surco sangriento.

—¡Imbécil! —gritó—. ¡Habéis dejado escapar a esos miserables diablos extranjeros! Preparaos a dar cuenta al Gran Jefe de vuestra torpeza.

Y a todo galope, se lanzó senda adelante, con la loca esperanza de poder alcanzar aún el carro de las verduras. Media hora más tarde, lanzó un rugido de alegría. A lo lejos acababa de descubrir la silueta movable del vehículo, que rodaba a buen paso.

Con un grito obligó a su escolta a galopar hacia el carro, pero éste empezó a adquirir también mayor velocidad, lo que indicaba que su conductor se había dado cuenta de la persecución.

Lanzando alaridos impresionantes, los chinos se lanzaron tras el carro, que cada vez se alejaba más velozmente, hasta que por fin lograron alcanzarle.

Furiosamente se arrojaron encima de los dos chinos que

aparecieron en el pescante y amarrándoles con solidez, los arrastraron por la tierra.

—¡Perros extranjeros! —rugió el jefe del pelotón—. ¡Esta vez no conseguiréis escapar como lo habéis hecho hasta ahora! De nada os servirá conmigo haceros pasar por mandarines disfrazados.

Los dos conductores del carro, dos chinos desastrosos, con rostro abotagado y repulsivo, lanzaban gritos guturales tratando de justificarse. Aseguraban que ellos no eran extranjeros sino chinos y que si les habían encontrado en el carro, era porque al verle abandonado entre la maleza, sintieron la tentación de apropiárselo para vender el contenido, pero que jamás habían sido otra cosa que chinos nacidos en

Tien-Tsin

Fueron tales sus protestas, que el jefe de los sectarios, en la duda, verificó con ellos una serie de operaciones brutales para convencerse de que hacían la verdad. Primero, les hizo restregar la piel con piedras ásperas e hirientes para comprobar que el color amarillento de ella no era producto de un buen tinte y luego, les sometió a pruebas sutiles con preguntas típicas del país, hasta que terminó de convencerse de que ambos vagabundos eran tales chinos y que su historia sobre el abandono y encuentro del carro entre los matorrales era cierta.

Esta comprobación le puso de un humor imposible. En la prueba, había perdido más de dos horas que sus enemigos habrían sabido aprovechar para alejarse de ellos y furioso por el contratiempo, ordenó aplicar a los «coolies» cincuenta azotes en las plantas de los pies como castigo a su intromisión en aquel asunto.

Luego, desplegó sus hombres en torno al lugar donde los chinos aseguraban haber hallado el vehículo. Si los buidos habían marchado a pie, no tenían más remedio que dejar huellas de su paso y ellos eran hombres duchos en encontrar rastros perdidos.

Como una jauría de cazadores acosando una manada de lobos, así registraron el terreno y fácilmente fueron hallando indicios que les aseguraban del paso de los fugitivos por aquel lugar.

Karus y su criado, desconocedores del fino instinto de los chinos, habían dejado más huellas que una manada de elefantes y poco a poco la jauría amarilla iba estrechando el cerco para localizar el

lugar donde dormían confiados.

En efecto, al cabo de dos horas de rebusca, uno de los chinos siguió el rastro de los huidos a través de un matorral, hasta enfrentarse con la entrada de la cueva.

El «coolies» astuto y silencioso, se arrastró como un lagarto alcanzando la lóbrega entrada en la que descubrió los cuerpos de Karus y su criado durmiendo como dos gatos en plena digestión.

Rápidamente retrocedió, corriendo a avisar a su jefe y la cuadrilla armada de sendos cuchillos, avanzó en silencio hasta situarse frente a ellos.

Conocían su audacia y su ímpetu, así como el alcance de sus revólveres, y pretendían caer de modo inopinado sobre sus dos víctimas, privándoles de toda defensa.

Como lagartos avanzaron hasta situarse dentro de la cueva y a una señal del jefe, cayeron sobre ellos como un alud.

Y así, cuando Regis y el profesor, cortado su sueño, quisieron darse cuenta de la situación, se vieron maniatados y amordazados sin posibilidad alguna de defensa.

Extraídos de su refugio, el jefe, que no acertaba a contener el gozo que le había producido el éxito de la caza, ordenó:

—Seis hombres cuidando a cada uno de ellos. Al primer movimiento que hagan, les claváis un cuchillo en el corazón. No olvidéis que si alguno logra escapar, vuestras cabezas corren peligro.

Como se le presentara el problema del traslado de los prisioneros, tomó una resolución.

Destacando a uno de sus hombres del grupo, le ordenó:

—Yang, monta a caballo y haciéndolo reventar si es preciso, para que llegues antes, vete a

Tien-Tsin

, al palacio del mandarín Kwang-Si y hazte ver por nuestro honorable Gran Jefe. Dile que

Ling-Chi

, el «número diez», ha capturado a los dos diablos extranjeros y que los tengo presos en mi casa flotante del

Pei-ho

. Que te dé las órdenes que estime precisas para el traslado de los presos. ¡Vuela, sapo asqueroso!

El chino montó a caballo y como una centella partió hacia el poblado, mientras

Ling-Chi

, cortando camino entre matorrales y descampados, buscaba la orilla del río.

Por fin, tras una buena jornada, alcanzaron el famoso río que une

Tien-Tsin

con Pekín. Este río, que posee un curso de 600 kilómetros, nace en la meseta que separa la Mongolia de las llanuras de China y desemboca en el Mar Amarillo, por Takú. Es una vía fluvial muy usada, pues aunque no atraviesa, precisamente, ni

Tien-Tsin

ni Pekín, corre por sus afueras.

Cuando alcanzaron la orilla, Ling-Chi buscó un «sampang» o bote que se mecía amarrado a un poste y haciendo introducir en él a los prisioneros, se sentó a su lado acompañado de otros dos chinos y se lanzó corriente arriba, bordeando una serie de casas voladas que se erguían dentro del agua formando una fila interminable en toda la orilla.

En algunos ríos de China y en particular en el Gran Canal, los naturales de allí construyen sus viviendas en el agua. Los que no emplean sus «sampangs» como hogar, lo construyen de bambúes y aunque no todas, hay algunas construcciones de estas que nada tienen que envidiar a muchas villas europeas.

Estas construcciones permiten a sus moradores vivir con más desahogo y limpieza que en las ciudades donde la aglomeración de casuchas, la estrechez de las calles y la falta de ventilación, convierten en hornos asfixiantes las habitaciones y sirven para acrecentar terriblemente los parásitos y las enfermedades contagiosas.

La casa que el «número diez» tenía construida en el río, era una bonita construcción de bambúes, larga y espaciosa con un tejado plano y varios balcones volados que sobresalían de la fachada.

Asentada sobre recios troncos, se subía al interior por una flexible escala, y debajo, se destacaba un pequeño cobertizo donde

Ling-Chi

amarraba su bote.

Como dos fardos, fueron elevados los prisioneros hasta la plataforma que servía de entrada a la casa y luego de introducirles por una especie de pasillo a través de cuyo entramado se distinguía por debajo el agua del río, les trasladaron a un cuadrado que se hundía hasta cerca del agua y al cual se descendía por una tosca escalera de podridos tablones.

Aquello olía a pescado corrompido que mareaba y Karus adivinó que debía ser un local destinado a guardar la pesca o ponerla a secar.

Despectivamente fueron arrojados sobre el húmedo y chorreante suelo y

Ling-Chi

, con una sonrisa feroz, dijo:

—Ahí quedáis, perros extranjeros, hasta que nuestro honorable y sabio Gran Jefe se digne disponer de vuestra suerte. Si a mi elección lo dejara, os juro por Buda pudriríais vuestros huesos allí, como se pudren las aletas y los hígados de los tiburones.

Capítulo tercero

REGIS CONCIBE UN PLAN AUDAZ

Los dos prisioneros se asfixiaban aquel tabuco chorreante y maloliente, cuya atmósfera resultaba insoportable para sus delicados pulmones.

Amordazados como se encontraban, la respiración se les hacía aún más difícil y procurando deshacer aquella presión brutal, se restregaban la boca uno contra el otro, hasta conseguir aflojar las mordazas.

Regis, lanzo un violento suspiro de satisfacción y afirmó:

Si tengo diez minutos más este bozal en la boca, me muero.

—Y yo —corroboró Karus—, pero no sé qué te diga. Creo que era preferible morir asfixiado a hacerlo de la forma que ese chacal carnicero nos tendrá preparada.

—Todavía no nos han matado, señor, y mientras podamos respirar, debemos abrigar alguna esperanza. Si pudiera aflojar estas malditas ligaduras.

—No es fácil, Regis. Estos diablos amarillos son muy hábiles atando a la gente.

—Ya lo veo. Tengo las cuerdas clavadas en, las carnes, pero como algún día pueda devolverle el regalo a alguna rata amarilla de éstas, se va a partir por el medio si consigo atarla a mi gusto.

Tras un momento de silencio, preguntó:

—¿Le han quitado a usted el revólver?

—Y el cuchillo que llevaba en la manca.

—Y a mí, pero... conservo la coraza de malla.

—Y dentro de ella hay, además de las limas, mi cuchillo pequeño.

—Es cierto —dijo Karus—. No me acordaba de ello.

—Yo sí y como no nos quiten la cota y encuentre un momento para sacar el cuchillo, ya veremos qué sucede después.

—Nada, Regis; son muchos contra nosotros.

—Bien, pero valemos por muchos.

Y si no logramos otra cosa, moriremos suprimiendo sapos ictéricos y siempre será un consuelo.

—Lo malo es que no nos darán ocasión de ello.

—Eso sospecho, pero óigame bien. Si por casualidad nos vemos un momento libre de estas ligaduras, aprovéchelo para ocultar las limas y el cuchillo en la manga. Después, la cosa no será tan difícil.

—Veremos si encontramos un pretexto para lograrlo.

—¿Qué cree usted que pasará ahora?

—No sé. Ya veremos cuando volvamos a enfrentarnos con el terrible Wang-Cheng.

—¡Oh, si pudiera tenerle en mis manos cinco minutos solamente! Iba a saber de qué color tiene el nacimiento de esa asquerosa lengua de sapo que le ha dado Buda.

Durante algunas horas, se vieron consumidos por la angustia y por el dolor que les causaban las ligaduras. Parecían dos lardos tumbados sobre el chorreante suelo y aquel suplicio les resultaba inaguantable.

Entre tanto, el «coolie» a todo galope se había presentado en el palacio del mandarín, demandando entrevistarse con el sanguinario Jefe de la secta y cuando éste escuchó de sus labios los detalles de la captura de sus odiosos enemigos y quedó convencido de que esta vez los tenía realmente entre sus garras, llamó a Sun, diciendo:

—Que preparen dos «sampangs» inmediatamente para bajar por el

Pei-ho

. No olvides llevar tu látigo.

El chinazo sonrió con ferocidad, contestando:

—Estad tranquilo, señor; yo jamás olvido mis instrumentos de trabajo. Voy a ordenar que preparen lo que deseáis.

Wang-Cheng le atajó diciendo:

—Prepara los capuchones. No quiero que me reconozcan por el río, ni quiero tampoco que reconozcan a los prisioneros.

—Bien, prepararé cuatro, si os parece.

Sun abandonó la cámara, mientras Wang-Cheng, sonriendo como un tigre, esperaba el aviso para emprender la marcha al lugar donde se encontraban los prisioneros.

La menté oriental del mogol barajaba suplicios refinados para aplicarlos a sus víctimas y todos le parecían suaves para vengar los malos ratos que te habían hecho pasar. Tenía necesidad de inventar algo excepcional que le dejase satisfecho.

Pero antes de destrozarles fieramente, necesitaba arrancarles su secreto. Estaba convencido de que el profesor sabía mucho sobre el tesoro y debía confesárselo, así como traducirle aquel maldito pergamino rescatado por

Tun-Nan

en el templo azul.

Cuando en fuerza de martirios le obligase a decir cuánto sabía, sería llegada la hora de satisfacer sus ansias de venganza que eran horribles.

Sus meditaciones fueron cortadas por Sun, el cual penetró en la estancia portando los capuchones.

—Todo está preparado, señor. Aquí tenéis las capuchas. ¿Hemos de llevar gente con nosotros?

—Sí, que nos acompañen seis hombres de los más fuertes y feroces que tengas a mano.

—Tengo muchos, señor. Voy en su busca.

—Mándalos a uno de los «sampangs» y espérame en el otro.

Poco después, los dos anchos y altos botes se deslizaban por la amarillenta corriente del

Pei-ho

, camino de la casa del agente de «El dragón de fuego».

Ling-Chi, impaciente, esperaba la llegada del Gran Jefe. Estaba deseando verse libre de aquella carga, pues a pesar de las precauciones tomadas no las tenía todas consigo respecto a la seguridad de los presos.

Cuando vio descender el bote con los dos encapuchados, adivinó que uno de ellos era Wang-Cheng, pero, estoico, esperó a que se diera a conocer.

El mogol detuvo el bote debajo de la casa y encarándose con Ling-Chi

, dio la contraseña.

—«La picadura del dragón es mortal».

—«¿De qué tiene la piel?» —preguntó.

—«De fuego»...

—Soy Ling-Chi... El «número diez» de Tien-Tsin

—Yo soy aquél que todo lo puede. ¿Dónde están los prisioneros?

—Abajo los tengo encerrados.

—¿Estás seguro de que no se habrán escapado?

—Puedes comprobarlo con tus propios ojos, Gran Jefe.

—Vamos.

Wang-Cheng ascendió por la flexible escala y atravesando el oscuro pasillo, se detuvo delante de una trampa que el propio Ling-Chi abrió.

En el fondo, dos bultos, inmóvil en el chorreante suelo de recios travesaños de bambú, le tranquilizó.

—Bien —afirmó—. Has cumplido como bueno y tendrás tu recompensa. ¿Hay algún lugar donde pueda interrogar a los presos con seguridad?

—Sí. Tengo una muy amplia habitación sin escape posible.

—Pues condúceme a ella y haz que suban a los prisioneros, di a Sun que te ayude.

Ling-Chi condujo al Gran Jefe a una habitación muy amplia en la parte posterior de la casa, lindando con la orilla y luego, acompañando de Sun, descendió a recoger a los prisioneros.

Regis al darse cuenta, murmuró por lo bajo:

—Atención, profesor. Nos van a conducir a presencia del Gran Sapo verdoso número uno. No olvide mi advertencia y si encuentra algún modo de sacar el cuchillo y las limas, hágalo y escóndalos en la manga.

Como dos fardos fueron subidos a la habitación donde Wang-Cheng, embutido en su capuchón, parecía un monje negro del Tíbet.

Cuando Regis se vio en su presencia, no pudo contener una sonrisa irónica y exclamó:

—Bonito carnaval... A nosotros, ¿de qué nos va a disfrazar?

Wang-Cheng, furioso, replicó:

—Cuando te entregue en manos de mi verdugo y éste te deje despachado, pregúntamelo.

—¿Es este mono verdoso el que se encargará de administrar tu justicia? No le dejarías enfrentarse conmigo cara a cara, en lucha

libre. Lo desharía como cascarón de huevo.

Sun rechinó los dientes al verse así insultado y exclamó:

—Gran Jefe... ¿Por qué no me lo dejas cinco minutos para demostrarle que es muy poco un perro extranjero para pelear con Sun, el verdugo de los verdugos?

—Calma, Sun —replicó Wang-Che— tiempo tendremos de dar satisfacción a todos. Lo primero es lo primero.

Regis que ya no podía vengarse de otra forma, gozaba poniendo nervios a sus, opresores, afirmó:

—Si lo primero es lo primero, pero no retiro mi reto y si tú eres capaz de quitarte este sayal y medirme conmigo como los hombres, también te reto a ti, rata amarilla.

Wang-Che sintió como una ola de fuego abrasaba su amarillento rostro y rechinando los dientes, replicó:

—Cierra tu asquerosa boca si no quieres que te la llene de estopas encendidas.

La amenaza surtió efecto. Regis le creyó capaz de cumplir tal ofrecimiento y enmudeció.

Entonces el terrible mogol, encarándose con el profesor, rugió:

—¡Maldito extranjero, has venido a perturbar la paz de China y a poner en peligro mi tranquilidad y mi gobierno! Varias veces te has burlado de mí y una te has escapado de mis garras, cosa que nadie consiguió jamás, esto tiene un precio terrible, que es la vida.

El profesor, indignado por el atropello cometido contra su libre ciudadanía, contestó:

—Wang-Cheng, soy libre de andar por donde quiera y tú eres quien está atropellando mi libertad y la dignidad de mi nación, cosa que ésta no perdono. No eres nadie para abrogarte poderes y detener a súbditos extranjeros, aunque éstos estén en tu patria.

—Habéis venido a robarnos nuestro máspreciado tesoro.

—Los ladrones sois vosotros, que se lo robasteis a los Lamas hace mil años. Si de alguien es ese tesoro, será de los monjes negros, del Emperador o de quien logre descubrirlo.

—¡Jamás! —rugió Wang-Chfeng, rechinando los dientes—. ¡Ese tesoro será de «El dragón de fuego» o de nadie!

El profesor, desafiante, replicó:

—Pues bien, búscale, si sabes y puedes apropiártelo.

—Devuélveme mi manuscrito.

—No era tuyo. Yo lo compré.

—Nos lo habían robado antes.

—Y vosotros lo habíais robado también.

—¡Lo necesito! ¿Lo oyes? ¡Lo necesito! —bramó el mogol, rojo de cólera—. Haz de devolvérmelo o te haré morir entre horribles suplicios.

—Será difícil. Cuando me enteré de lo que me interesaba, lo quemé.

—Pues bien, dime lo qué contenía.

—¿Qué me darás tú a cambio?

El chino se quedó dudando y tras una breve vacilación, afirmó:

—Condúceme hasta el tesoro y te devolveré la libertad.

—¿Con qué garantías?

—Con mi palabra.

—Pero... ¿crees tú, acaso, que voy a creer en tu palabra cuando obras siempre como un facineroso y tus actos están al margen de la ley?

—¿Entonces, maldito extranjero, quieres significar que para ti nada vale mi palabra?

Regis, que no podía estar callado y que temía que el profesor claudicase en un momento de debilidad revelando a sus verdugos lo que sabía, para después seguir siendo víctimas de ellos, rugió:

—¡No haga usted caso al sapo número uno, profesor! Es un renegado incapaz de saber lo que es el honor de mantener una palabra.

Wang-Cheng, irritado, se adelantó y levantando su mano, la dejó caer con furor sobre el rostro de Regis. Éste rechinó los dientes salvajemente afirmando:

—El día que te pueda devolver esta bofetada, no necesitarás dentista que te arregle esa dentadura de tiburón.

El chino sin hacerle caso, se volvió a Karus:

—No tengo más garantía que ofrecer. Estáis en mis manos y debéis conformaros con esto.

—No es suficiente. Te llevaría hasta el tesoro y cuando le apropiases de él, mandarías que nos sepultasen en el Yang-tse-Kiang con una buena cuerda y una piedra al cuello... No acepto.

—Tendrás que aceptar cuando veas el tormento que le preparo. ¿Qué significa esto?

El mogol desenrolló el pergamino que le fuera arrebatado de las manos en el templo al profesor y se lo mostró.

—¿Eso? Léelo —dijo Karus.

—Ya lo he leído. No me dice nada. Tú tienes que poseer la clave.



El mogol desenrolló el pergamino...

«La tierra es pobre para ocultar un secreto Wand-Cheng — afirmó irónico el profesor. Nada encontrarás en ella».

—¿Y tú? ¿Dónde está la piedra en que Buda meditó sobre el bien y el mal?

—¿Y se lo preguntas a un perro extranjero que no profesa tu religión? Tú que eres budista lo sabrás.

—Buda meditó en muchos lugares. Esto es una clave.

—Pues adivínala.

—¿Te niegas a descubrirmela?

—No la sé.

—¿Es tu última palabra?

—No tengo más que una.

El sanguinario Jefe llamó furioso:

—¡Sun, ven aquí!

El verdugo apareció con su terrible látigo en la mano.

—¡Átales las manos a esa reja y adminístrales veinticinco latigazos en la espalda!

—Gracias, gran Jefe —murmuró el terrible chino con los ojos encendidos de placer.

Regis, al escuchar el brutal castigo impuesto, sintió como si le hubiesen clavado un puñal helado en la médula pero, de repente, recordando que llevaban las cotas de malla que les protegerían de la flagelación, sonrió expresivamente, sembrando el desconcierto en el mogol.

Éste le desató las ligaduras de las manos y arrastrándole hasta la ventana pasó la cuerda atada a las muñecas por los barrotes, dejándole casi colgado de ellos.

Regis envió el busto para dejar su espalda tensa, con objeto de que el verdugo no tuviese pretexto para aplicar el látigo en otra parte vulnerable de su cuerpo y con el corazón palpitante de angustia, esperó.

Cuando restalló el terrible látigo y se ciñó a su espalda como un reptil de cuero, creyó sentir la sensación dolorosa y cortante de la trágica cinta, pero sólo un golpe sordo, que apenas si le hizo efecto, fue el sentimiento de castigo que experimentó su cuerpo.

Uno a uno aguantó los latigazos sin abrir la boca y tanto Wang-Cheng como su verdugo, estaban asombrados de la entereza demostrada por el astuto criado.

Cuando terminó el número de latigazos señalado, preguntó:

—¿Más señor?

—No —rugió Wang-Cheng— este maldito tiene el cuerpo como las salamandras. Yo le aplicaré otro castigo más duro.

Sun desató las cuerdas para substituir a Regis por el profesor y el criado aprovechó el momento para dejarse caer al suelo como agotado, quedando con la cara pegada a la pared. Sun, sin hacer caso de él, le dejó en aquella postura dedicándose a atar al profesor en la misma forma para proceder a su castigo.

Estaba seguro de que Karus menos vigoroso, no soportaría con aquella entereza el vigor de sus puños de acero y la flexibilidad de

su cruel látigo.

Regis, aprovechó aquel abandono para introducir su mano en el pecho y extraer las limas y el cuchillo que ocultó en su manga. Después, quedó inmóvil con la cabeza vuelta contemplando al profesor.

Éste, que se había dado cuenta enseguida del engaño que sufrían sus verdugos, no quiso extremar la nota por si en sus sospechas llegaban a descubrirlo y al primer latigazo empezó a lamentarse y a suplicar clemencia, con gran satisfacción de Wang-Cheng que se estaba recreando en su supuesto suplicio.

Y así, cuando terminó el castigo, imitó a Regis dejándose caer al suelo junto a él como desmayado.

El criado aprovechó el momento para murmurar a su oído:

—¡Ahora, aproveche esta ocasión!

Como si reaccionara, se volvió de cara y Sun, tomando las cuerdas, procedió a atarle las manos de nuevo.

El Jefe de «El dragón de fuego» se dirigió al profesor, preguntando:

—¿Y ahora, estás dispuesto a hablar?

—¡No! —replicó el profesor que ya había imitado a su criado y tenía el cuchillo en la manga de la túnica. Entonces Wang-Cheng, comprendiendo que Aquellos hombres excepcionales eran muy difíciles de vencer, ordenó a su verdugo con los ojos inyectados de sangre.

—¡Ata de nuevo a ése a ése y repite el castigo sobre sus inmundas espaldas!

Sun, con la satisfacción que le producía flagelar a los prisioneros, cogió con sus potentes brazos al profesor y le ató nuevamente donde antes fuera azotado.

Karus hizo lo posible para que el verdugo no se diera cuenta de la coraza que llevaba; si tal cosa hubiera ocurrido la muerte del profesor podía darse por descontada. Afortunadamente, el malvado Sun había levantado al prisionero por los brazos, por lo que no pudo darse cuenta de tan impórtate detalle.

Una vez sujeto en la ventana, el fanático Sun empezó a golpear lenta y ferozmente. Sus pequeños y oblicuos ojillos brillaban con extraordinaria intensidad cada vez que su brazo, con todo el ímpetu de sus tensos músculos, abatíase con furia sobre la espalda del

enemigo de la secta.

Karus simulaba perfectamente un dolor que estaba muy lejos de sentir.

Y a cada golpe del feroz chino, un lastimero lamento salía de sus exangües labios; lamento que producía enorme gozo del sádico Wang-Cheng que, extático y con sus diabólicos ojillos entornados, no perdía detalle de la inhumana escena.

Cuando el látigo cesó de funcionar, Karus pareció desmayarse. Pero tal cosa no debió impresionar al malvado jefe de «El dragón de fuego», el cual, dirigiéndose al verdugo, ordenó perentoriamente:

—Córtale las ligaduras que le sujetan a la ventana. Y si hacen el menor gesto de protesta, te autorizo para que de nuevo hagas actuar el látigo.

Dicho esto fue a salir de allí, pues dióse cuenta que, estando sin sentido, el profesor no le sería dable de él adquirir ningún detalle que hiciese referencia al tesoro. Pero antes de cerrar la puerta, pareció cambial de parecer, pues manifestó a Sun:

—Que los bajen de nuevo al sótano y los tengan allí hasta que se haga de noche. Tú te vas a volver a Pekín y prepararas un carruaje cerrado para recogerles y llevarles a un palacio. Aguardaras a la orilla del río con él y antes deja preparado todo para aplicarle un buen tormento.

—Descuida, Gran Jefe, yo te aseguro que una vez allí, no se reirán de nosotros como ahora se ríen.

Sun llamó a Ling-Chi y entre los dos, volvieron a depositar los cuerpos de los prisioneros en el chorreante sótano cerrando la trampa reciamente.

Cuando ambos se vieron a solas, Regis rompió a reír en silencio.

—¡Buena sé la hemos jugado, profesor!

—No ha sido mala, pero si yo no llego a quejarme como si de verdad me hubiesen estado abriendo las carnes con el látigo, creo que hubiesen sospechado algo.

—Es cierto. No me di cuenta hasta más tarde.

—¿Y ahora, qué, Regis?

—¡Oh! Ahora espero que las cosas varíen, sobre todo después de la decisión de Wang-Cheng de llevarnos a palacio para convertirnos allí en puré de guisantes.

—¿Qué crees que podemos hacer?

—Mucho. Al parecer tenemos que viajar todos encapuchados para no llamar la atención. Ese bicho teme que podamos descubrirle y toma sus precauciones.

—Bien, ¿y qué?

—Por lo pronto, acérquese a mí. Voy a ver si puedo sacar de su manga el cuchillo.

Tras ímprobos esfuerzos, consiguió mi objeto y ya con él entre las atadas manos, pudo cortar las cuerdas que le aferraban a las del profesor.

—Bien —comentó—. Ahora corte usted las mías.

El profesor, intrigado, obedeció la orden y pronto ambos se vieron libres sus ligaduras.

—¿Cuál es tu plan, demonio blanco? —preguntó.

—Uno muy descabellado pero el único viable. Cuando anochezca, bajaran a por nosotros para llevarnos a la barca y conducirnos a Pekín. Seguramente vendrán en nuestra busca el propio Wang-Cheng, que no se fía ni de su amarilla sombra y ese mono icterico que nos capturó.

—¿Y qué? —interrogó el profesor que seguía sin comprender.

—Pues muy sencillo; nos vamos a desatar completamente y a esperar a que bajen. Cuando lo hagan, hay que lanzarse sobre ellos y acogotarlos por sorpresa sin darles tiempo a lanzar un grito, si lo conseguimos, estamos salvados.

—No lo entiendo, Regis —aseguró Karus seriamente—. Explícate detalladamente, por favor.

—Pues está claro, les atacamos, les amordazamos, les atamos en nuestro puesto, nos ponemos sus capuchas y a ellos les embutimos en las que nos destinan. Debajo de ellos y bien amordazados no pueden gritar descubriendo el engaño y nosotros, cubiertos con sus capuchas, nos hacemos pasar por el Sapo número uno y el Sapo número diez y nos los llevamos en la barca hasta donde podamos abandonarla, dejándoles donde podamos o tirándoles al fondo del Pei-ho

como a dos sapos que son.

Karus, asustado, replicó:

—El plan es demasiado fantástico, Regis... ¿Y si nos falla?

—¿Qué le vamos a hacer? Si nos cruzamos de brazos nos harán pulpa y nada conseguiremos. Esto es un albur que jugamos y si nos

sale mal, pues... moriremos matando sapos asquerosos.

El profesor se encogió de hombros acogiendo el plan con resignación. Malo era, pero a falta de otro mejor, había que aceptarlo.

Capítulo cuarto

EL SECUESTRADEOR SECUESTRADEO

Conscientes del peligro que encerraba la carta que se iban a jugar, procedieron a desatar sus ligaduras, simulando después que permanecían atados, ante el temor de que fuesen descubiertos antes de estar en condiciones de lanzarse sobre sus opresores.

Luego, con los cuchillos preparados, quedaron a la expectativa contando con ansia infinita los minutos que iban transcurriendo, lentos y agobiadores.

Poco a poco, la claridad que llegaba hasta el inmundo sótano se fue extinguendo y una penumbra azulada difuminó los contornos de sus siluetas.

Regis, molesto por aquella oscuridad, exclamó:

—Lo malo va a ser, que no veamos lo suficiente para saltar sobre ellos y atenazarlos bien antes de que puedan emitir un grito.

—Quizá bajen alguna luz.

—Bien, en ese caso, usted al de su derecha y yo al de la mía, pero sin vacilar o estaremos perdidos.

Aún pasaron media hora atormentados por la angustiosa espera, hasta que un ruido se produjo sobre sus cabezas anunciándoles que la hora de jugarse todo a un envite había llegado.

Se hicieron un ovillo a ambos lados de la escala y poco después, el tenue resplandor de un farolillo aceitado surgió en el vacío y la voz aguda de

Ling-Chi
advirtió:

—Cuidado, señor, no se escurra. Wang-Cheng, acompañado del chino, descendió hasta el piso y después de echar una ojeada a los caídos cuerpos, dijo:

—Yo llevaré al criado que pesa más y tú al otro, ¿podrás con él?

—No tema, señor; Ling-Chi tiene buenas fuerzas.

Ambos se inclinaron sobre los presos en el momento en que éstos, como tigres, saltaron a su cuello, aferrándose a él con desesperación.

Regís dio gracias a Dios por haberle caído en suerte el terrible jefe de la secta. Era el más robusto y, además, era al que tenía más ganas de apretar el cuello para vengarse de la terrible bofetada que le administrara horas antes.

Wang-Cheng, sorprendido de aquel imprevisto ataque, no se arredró y como buen chino, intentó hacer presa con una llave dolorosa que anulase la horrible presión que sentía. Regis, acusó el dolor, lanzando un rugido, pero poseído de la mayor desesperación, le echó la zancadilla y lo arrojó al suelo cayendo sobre él y apretando con toda el ansia que le prestaba el peligro que corrían.

El mogol, imposibilitado de usar de sus facultades, a causa del sayal que le entorpecía, se vio abatido por su enemigo y poco a poco, cesó en el forcejeo hasta aflojar los brazos medio asfixiado.



Regis aprovechó aquel momento para saltar...

Regis aprovechó aquel momento para soltar el cuello de su enemigo y levantar el puño, dejándole caer sobre el mentón. El golpe brutal, acabó de rendir al terrible sectario, que quedó rígido sobre el piso.

Regis le levantó con una mano y lo apoyó sobre la escalera, acudiendo en auxilio del profesor cosa ya innecesaria, pues Karus se

había deshecho de su enemigo mucho antes que su criado.

Éste, dándose cuenta de que los minutos eran preciosos para su salvación, murmuró:

—¡Pronto! ¡Quítele el capuchón y póngale uno de estos que han dejado caer al suelo!

Él hizo lo propio con Wang-Cheng y después de despojarle del negro sayal le embutió en uno de los que llevaban para cubrirles a ellos.

—Convenía atarles antes por si vuelven en sí —apuntó Karus.

Regis, dándose cuenta del olvido, procedió a amarrar al mogol, metiéndole un pañuelo en la boca y amordazándole bien, en tanto Karus realizaba la misma operación con el chino.

Ya embalados, les cubrieron con los sayales, se pusieron los que habían arrebatado a sus víctimas y cargando con los cuerpos, dijo Regis:

—¡Arriba y sea lo que Dios quiera!

—¡Un momento! —advirtió el profesor—. Tú no hables, pues te denunciarías. Déjame a mí que hablo mejor el chino.

Tomó el farol que había caído junto a la escala y ascendieron al piso superior, extrañándose de no encontrar a nadie en él.

—¿Qué sucedes aquí? —murmuró Regis inquirió.

—Estarán esperándonos en la barca. Sígueme.

Cruzaron el pasillo y al llegar a la plataforma, descubrieron las dos barcas en el agua.

Una de ellas aparecía ocupada con los diez hombres de la escolta, mientras que en la otra solamente se veían los dos remeros.

Karus hizo una señal a éstos para que atracasen junto a la escalera de bambú y descendió con el cuerpo del chino, mientras Regis portaba el de Wang-Cheng.

Los depositaron en el fondo de la barca y dirigiéndose al jefe de la escolta Karus ordenó brevemente:

—Seguidnos a veinte metros.

Hizo un gesto y el «sampangs» se deslizó corriente arriba, mientras la barca de escolta, obedeciendo la orden, guardó una prudente distancia de ellos.

Con los ojos clavados en los cuerpos de sus víctimas y con los cuchillos aferrados debajo de las amplias mangas del sayal, permanecían inmóviles preguntándose cómo iba a terminar aquella

trágica aventura.

Lentamente, el «sampangs» se fue deslizando por las negras aguas del

Pei-ho

, mientras a ambos lados del río quedaban como fantasmas las veladas siluetas de las casas acuáticas, en las que empezaban a parpadear lánguidamente las llamas rojas, amarillas y azuladas de los farolillos de papel aceitado.

Regis echaba profundos vistazos a la barca de la escolta, buscando una ocasión en que ésta se distanciase lo suficiente para poderse arrojar al agua sin ser observado, pero como si la hubiesen unido a la que ellos tripulaban no se separaba ni medio metro de lo ordenado.

Karus se inclinó al oído de Regis preguntando:

—¿Y ahora, qué vamos a hacer?

—Me temo que tendremos que llegar hasta Pekín. Veremos al arribar allí qué sucede.

—¿Y si no podemos burlar la vigilancia? ¿Ignoras que allí nos estará esperando ese Sun de los demonios?

—No lo ignoro, y si las cosas se ponen mal, no tendremos más remedio que seguir adelante hasta llegar a la morada de ese sapo amarillo. Por un lado, me gustaría conocerla para saber dónde vive y cómo.

—Eso es tanto como meterse dentro de la ratonera.

—Si no hay otro remedio, ¿qué vamos a hacer?

El profesor, comprendiendo que no había otra solución, tuvo que resignarse.

Era bien avanzada la noche cuando dieron vista a la capital. En la penumbra azul, apenas si se distinguía como una cosa vaga la altura de las torres de porcelana y algún obelisco que se dibujaba en la nitidez del cielo.

Cuando la barca atracó, una sombra surgió en la orilla y la profunda y antipática voz de Sun, exclamó:

—Aquí estoy, señor... Todo está en orden.

Karus hizo una seña a Regis para que cargase con el cuerpo del mogol, y tomando al otro, se dirigió a una especie de litera grande, cerrada, capaz para cuatro personas.

Depositaron los cuerpos en el fondo y acomodándose en los

asientos como les fue posible. Karus, imitando el tono de voz de Wang-Cheng, ordenó secamente:

—¡A casa!

Sun cerró la litera y montando en otra que esperaba algo más alejada, dio orden a los portadores de dirigirse al palacio del jefe de «El dragón de fuego».

La suerte estaba echada y no había más que aceptarla como el destino la había impuesto.

Atravesaron por el lado Oeste de la ciudad, dejando a un lado la parte habitada para alcanzar un sitio bastante solitario por el que se destacaban desparramados algunos edificios de traza suntuosa propios de gente bien acomodada.

Por fin enfocando una senda cubierta de moreras, su dirigieron en línea recta a un magnífico palacio que se erguía a un lado del sendero.

—Me parece que hemos llegado a la guarida de la fiera.

En efecto, ante una de las puertas del palacio, la litera se detuvo y Sun, apeándose de la suya, se apresuró a abrir la portezuela para que descendiesen los viajeros.

Karus, dándose cuenta de que solamente con audacia podría sortearse tan peligrosa situación, hizo una seña y ordenó brevemente:

—Llévalos a mi habitación.

El profesor ignoraba cuál era la habitación donde el terrible jefe haría su vida habitual, pero siguiendo al sanguinario verdugo, no tendría que dar muestras de vacilación.

Regis cargó con el cuerpo de Wang-Cheng, mientras Sun transportaba el de

Ling-Chi

y siguiendo el amplio y fresco vestíbulo cubierto de plantas olorosas, ascendieron por la escalinata para luego descender al jardín.

Karus, a través del capuchón, admiraba la suntuosidad de aquella guarida y se decía que jamás hubiese sospechado que el jefe de «El dragón de fuego» viviese casi en competencia con un emperador.

Atravesando el jardín, alcanzaron la amplia rotonda de porcelana en la que Sun penetró, dejando el cuerpo del chino tirado

en el suelo.

Regis le imitó y se quedó contemplando al profesor intensamente a través de los agujeros del antifaz. Había llegado el momento supremo de tomar una determinación y se estaba preguntando cuál sería.

Karus, extendiendo el brazo enérgicamente, dijo:

—Vete. Luego te llamaré.

El verdugo vaciló para terminar preguntando:

—Señor, ¿os traigo vuestras vestiduras...?

Karus, más enérgico, replicó:

—¡Vete!... ¡Ya te avisaré!

Entonces Regis, se apresuró a correr el complicado cerrojo, comunicando la estancia con el exterior.

Rápidamente se despojaron de los amplios y pesados capuchones que les asfixiaban y respirando ruidosamente, Regis afirmó:

—¡Oh! Esto es peor que estar mil metros bajo tierra. Creí que no podría resistir un minuto más.

—Yo no —declaró el profesor—. Bien; la primera parte ha concluido. ¿Y ahora?

—Pues ahora... hay que ingeniárselas para abandonar esta ratonera tan maravillosa.

—En efecto, esto es algo tan suntuoso como el palacio imperial. Se ve que la secta tiene dinero.

—Robando tesoros, se puede tener de todo.

Regis levantó los capuchones de los prisioneros, observando que el terrible jefe había recobrado el conocimiento.

En sus ojos oblicuos y verdosos brillaba una llama de odio tan terrible, que por un momento el bravo criado se sintió impresionado al mirarle.

Comprendía que aquella humillación había colmado la medida y que si un día caía de nuevo en manos de aquella fiera sin entrañas, el suplicio a que le sometería sería algo horripilante.

Pero gozándose por adelantado de la impotencia del omnipotente mogol, le dijo burlonamente:

—No te quejarás gran sapo; te he traído a tu casa con toda delicadeza. No hubieses tú hecho lo mismo con nosotros.

Mientras Regis se dedicaba a burlarse de su víctima, el profesor se dedicaba a curiosear la estancia admirando las obras de arte y el

estilo maravilloso de la construcción.

De modo mecánico, se entretuvo en abrir cajones, a levantar tapas de arquetas y curiosear el interior de los jarrones y los objetos de porcelana finísima que encontró repartidos por la estancia, y en una de sus rebuscas tropezó con un curioso pergamino enrollado y lacrado con un sello verde, en el que se destacaba un dragón azul.

Intrigado, lo examinaba, cuando Regis, al darse cuenta, se acercó a él preguntando:

—¿Qué es eso, profesor?

—No lo sé... Lo he encontrado ahí dentro...

—Nuestra condición de vencedores nos da derecho a enterarnos de los secretos de este pulpo. Ábrelo a ver si es algo relacionado con el tesoro.

Karus despegó con cuidado el sello y echó un vistazo al contenido. En sus ojos brilló un relámpago de asombro.

—¿De qué se trata? —preguntó el criado adivinando que había descubierto algo importante.

—¿Sabes quién firma esto?

—¡Yo qué diablos sé! ¡A lo mejor, el propio Confucio!

—Lo firma el general Yi-Yan.

—¿Y quién es ese sapo coletudo?

—Uno de los generales que más se ha destacado en hacer la guerra al emperador... Parece ser que se ha urdido un complot para derrocar el régimen y Wang-Cheng no es ajeno a él. Le ofrece cincuenta mil hombres y el concurso de otros generales rebeldes.

—¡Formidable! Con eso hay bastante para que cuelguen de lo alto de un obelisco al flamante sapo número uno. Nos la llevaremos. —Si podemos salir de aquí...

Tan entusiasmados se encontraban examinando el descubrimiento, que no se dieron cuenta de que Wan-Cheng, en un supremo esfuerzo, había conseguido dejarse rodar por las marmóreas losas, hasta la pared, junto a la que un pequeño ídolo de jade descansaba sobre un estrecho pedestal.

Levantando ambas piernas, consiguió apoyarlas sobre un pequeño dragón que servía de adorno al pedestal. Al instante, un ruido argentado de campanas de porcelana vibrando por todos los ámbitos del palacio, produjo el estruendo de un concierto exótico.

Regis dio un salto y al volver la vista descubrió la maniobra del

mogol cuando ya era tarde.

—¡Por Buda! —rugió—. ¡Este maldito sapo nos ha denunciado!... ¡Pronto! ¡Intentemos salir de aquí!

Lleno de ira, administró un terrible puntapié al sectario y como una fiera se lanzó a la puerta descorriendo el cerrojo.

Las campanas seguían vibrando locamente. No era tañido estruendoso y alarmante que pudiese llamar la atención desde el exterior, pero sí un vibrar continuo y suave, que ponía los nervios de punta y provocaba la alarma dentro del recinto.

Cuando alcanzaban la escalinata para llegar al jardín, surgió la figura de Sun, armado de su terrible látigo. El fiero verdugo, como un loco, avanzaba a grandes saltos dispuesto a acudir en auxilio de su amo.

Regis midió la distancia y cuando el enorme chino levantó el látigo con cólera, dio un formidable salto y como el que se tira a una piscina se arrojó de cabeza sobre él.

Sun, que no esperaba tal acometida, no pudo burlar el terrible cabezazo y rodó de espaldas los primeros escalones que acababa de alcanzar, mientras Regis, por efecto del impulso adquirido, caía sobre él.

El bravo criado aprovechó la sorpresa de su enemigo para recoger del suelo el terrible látigo y enarbolándole con furia, lo dejó caer sobre el cuerpo del maltrecho chino, que acababa de incorporarse medio derrengado.

El primer latigazo fue como un reactivo para obligarle a saltar como los monos de en el circo. El cruel verdugo lanzaba lamentos de dolor y trataba de hurtar el cuerpo al trágico látigo, pero Regis enfurecido y perdiendo la noción del peligro, se dedicó a perseguirle por el jardín como a un perro rabioso, sin que bastaran las llamadas del profesor para hacerle desistir de tal faena.

Sun, con el cuerpo ensangrentado, no encontró más recurso para librarse de aquella mortal paliza, que arrojarle de cabeza al estanque, en el momento en que una docena de chinos armados de cuchillos, surgían por todas partes lanzándose sobre el profesor, el cual se sintió morir bajo la presión de aquella horda, al no contar más que con un simple cuchillo para repeler el ataque.

Pero Regis, que se había dado cuenta del momento trágico, se revolvió con el látigo, dejándole caer sobre la chusma amarilla. El

efecto del arma de castigo fue maravilloso, pues los chinos, aterrados, retrocedieron, huyendo en todas direcciones.

Regis aprovechó aquella pausa para decir:

—Adelante, profesor; busquemos la salida antes de que sea demasiado tarde.

Se lanzaron hacia la galería y cruzando a galope, llegaron a la puerta, pero al pretender franquearla observaron que estaba cerrada.

—¡Esto nos faltaba ahora! —rugió Regis—. ¿Quién será el miserable sapo que posea la llave de este cubil?

Los chinos, rehechos, volvían a la carga con ferocidad y Regis, viéndose perdido, concibió un proyecto loco.

—¡Escóndase usted detrás de estas plantas y no se dé a ver para nada, profesor! —gritó—. Déjeme a ver si soluciono esto.

Karus, sin saber cuál era su proyecto, obedeció y Regis, lanzándose impetuosamente hacia los chinos, les recibió con el látigo, maniobrando de modo que sus atacantes quedasen entre la galería y la puerta, mientras él cerraba el paso al jardín.

Cuando consiguió acorralarles en aquel estrecho tubo, avanzó decidido con el látigo flagelando a los chinos terriblemente y el pánico de éstos fue enorme, cuando al lanzar sus cuchillos sobre él, observaron que se partían al chocar contra su pecho sin conseguir herirle.

Entonces, avanzó furioso gritando:

—¡El que tenga la llave de esa puerta, que abra, o de lo contrario os deshago a todos a latigazos!

Aún trataron de resistir, pero ante su impotencia, un chino elevó la mano mostrando la llave y Regis, lanzándose sobre él, se la arrebató, al tiempo que volvía a ahuyentar a sus enemigos hacia el jardín a latigazos.

Como una centella, abrió la puerta deslizándose con el profesor y cerrándola de nuevo. En aquel momento vibró una detonación y una bala fue a clavarse sobre la puerta sin que el disparo pudiese ya alcanzarles.

La noche estaba casi vencida y Regis, temiendo la reacción de sus enemigos, gritó al profesor:

—¡A toda marcha, profesor; tenemos que alcanzar la Embajada!

Capítulo quinto

UN FINAL DE TRAGEDIA CHINA

Karus y su criado corrían como dos fantasmas por las oscuras y silenciosas calles de Pekín. Embutidos en sus sayones, con la capucha flotando al viento, parecían dos aparecidos, y suerte para ellos era que a tales horas el tránsito era nulo y que la alarma aún no había sido dada.

Estaban en una parte poco conocida para ellos y les costaba trabajo orientarse, pero su instinto les llevaba en busca de los sitios poblados.

Habían ganado un centenar de metros, cuando a sus espaldas sintieron vibrar los conocidos y agudos pitos de los sectarios y con terror se dieron cuenta de que la caza iba a dar comienzo.

Si no lograban llegar a la Embajada antes de que sus perseguidores les diesen alcance, todos sus esfuerzos de aquella memorable noche iban a resultar estériles.

Pronto el profesor, que conocía mejor Pekín, se encontró orientado y lanzándose por un dédalo de callejuelas, gritó:

—¡Sígueme, Regis, ya sé el camino, cuidado con los que puedan surgir a nuestro encuentro!

—Llevo el látigo, señor... ¡Oh es un arma maravillosa!

En su huida y atraídos por el vibrar de los pitos, surgieron a su paso algunos chinos medio adormilados, pero el terrible látigo de Sun les ahuyentó bien pronto, suprimiéndoles de su camino.

Por fin, sin que lograran darles alcance, desembocaron en la glorieta donde estaba situada la Embajada, pero Karus, temiendo que el tiempo que tardasen en abrirles les fuese fatal, ordenó:

—¡No llares! ¡Da la vuelta y vamos a saltar la cerca del jardín!

Regis no se hizo repetir la orden, rodeó el edificio y llegando hasta la cerca, trepó por uno de los árboles que crecían pegados a la tapia, e inclinando las ramas con el peso de su cuerpo saltó al

jardín.

Karus le imitó fácilmente y momentos después se encontraban dentro de la Embajada, ocultos entre los rosales que crecían pegados a la pared del edificio.

Allí escondidos, sin atreverse a llamar por si les tomaban por dos salteadores y disparaban sobre ellos, permanecieron hasta que amaneció. Preferían esperar a que surgiese el jardinero y darse a ver de él, a provocar una alarma peligrosa.

Desde su escondite, sintieron carreras, silbidos, gritos y maldiciones, pero sus enemigos no sospecharon cómo habían penetrado en el edificio, ni siquiera si estaban dentro de él.

Despojándose de sus sayales, permanecieron ocultos hasta que algo avanzada la mañana apareció el jardinero.

Karus abandonó los rosales presentándose ante él y el pobre hombre, a poco muere de la impresión al enfrentarse con el profesor todo destrozado y con el rostro pálido y desencajado por las emociones sufridas.

—¡Señor Karus..., usted..., usted por aquí! —¿Por dónde...?

¡Silencio, Albert! —ordenó el profesor—. Nos perseguían y estamos aquí refugiados desde anoche. Haga el favor de a visar al señor Hamilton.

El pobre hombre, todo nervioso, acudió a llamar al embajador, mientras los dos aventureros se internaban en el edificio dirigiéndose al despacho de su excelencia.

Éste, todo sorprendido y hasta incrédulo, acudió en batín a recibir a los recién llegados y al verlos en aquella guisa, se llevó las manos a la cabeza exclamando:

—¡Por San Jorge!... ¿Salen ustedes de la batalla de Trafalgar?

—Casi, excelencia..., con la particularidad de que Nelson a nuestro lado fue un aprendiz de héroe.

El embajador, intrigado, trató de enterarse del motivo de verles allí de nuevo cuando les creía a muchas millas de Pekín, pero el profesor, extenuado, advirtió:

—¡Por favor! Háganos preparar un buen baño y un almuerzo capaz para dos elefantes. Llevamos sin comer tres días y hemos recorrido media China con el estómago vacío y la vida pendiente de un hilo.

Sir Hamilton les llevó a su propio baño ya preparado para él y

ordenó condimentarles un magnífico desayuno.

Cuando bien duchados devoraron el excelente condumio, aunque se encontraban derrengados y con un sueño terrible, Karus accedió a dar cuenta, de su odisea y durante cerca de dos horas estuvo relatando aquel folletín impresionante de su vida.

Sir Hamilton, emocionado y asombrado, apenas si podía creer en el relato, pero conociendo la seriedad del profesor y el valor y la impetuosidad de Regis, no le extrañó que todo aquello hubiese sido posible.

—¡Buena se la han jugado ustedes a ese Wang-Cheng y a todos sus diablos amarillos! Lo malo es que, de ahora en adelante, su vida no vale lo que una brizna de paja, porque desde este momento, tienen ustedes a su acecho tantos chinos como arenas cuenta el desierto de Gobi.

—Ya nos los suponemos. Nos hemos sentado sobre un volcán y lo que éste pueda dar de sí al saltar es cosa sabida.

El embajador, después de reflexionar un momento, dijo:

—Si vale un buen consejo, desistan ustedes de la búsqueda al menos hasta que esto se calme y puedan dar al olvido sus personas. Creo que lo mejor que pueden hacer, es marchar a Inglaterra durante una temporada...

—¡No! —declaró Karus decidido. Ya somos enemigos irreconciliables y si nos supiesen allí, sus tentáculos nos alcanzarían lo mismo. Destacarían media docena de fanáticos que nos suprimiesen en silencio y si hemos de caer, lo haremos luchando y con honra.

—¿Cómo van ustedes a conseguirlo? ¿Dónde piensan dirigirse y con qué cuentan para hallar el tesoro?

—Recuerdo lo que decía la última clave —aseguró Karus.

—Yo la tengo aquí —advirtió Regis—. Se la quité a ese sano amarillo cuando le registré.

—A propósito de registrar —interrumpió el profesor—. Tengo en el bolsillo algo que puede facilitarnos el camino.

—¿De qué se trata? —preguntó el embajador.

—De una carta que hemos encontrado en un mueble del palacio de ese mogol. Es algo que bien administrado por usted nos puede ayudar a suprimirle de nuestro paso, e incluso si llegan a tiempo a eliminarle para siempre.

Extrajo el pergamino del bolsillo se lo mostró al embajador. Éste, después de leerlo con atención, exclamó:

—¡Formidable! Si yo acudo con esto al emperador, tengo por seguro que hará detener a

Wang-Chen

por conspirar contra él y hablemos dado un golpe terrible a la secta. Él y ese general que es la pesadilla del gobierno pueden caer en sus manos fácilmente.

—Pues preocúpese de ello mientras nosotros dormimos unas cuantas horas. Estamos tronchados y si usted logra que el emperador tome cartas en el asunto y detenga a ese tigre carnicero, creo que la secta habrá sufrido un golpe de muerte o al menos se habrá desarticulado hasta pasado algún tiempo y mientras se reorganizan y nombran un nuevo jefe y tratan de ponerse sobre la pista del tesoro, nosotros habremos tenido tiempo de incluso descifrar la segunda clave. Si lo logramos, seguiremos adelante suceda lo que suceda y no, nos volveremos a Londres fracasados, no por nuestros enemigos, sino por nuestra pobre inteligencia.

—Bien —exclamó el embajador—. Voy a intentarlo y espero obtener éxito. Es un favor que le voy a brindar al Gobierno y al embajador y esto me dará derecho a ciertas concesiones por mi parte. Váyanse a dormir mientras yo me preparo. Aún es temprano, pero dentro de un rato me pondré al habla con el ministro de la Guerra y según lo que saque de la entrevista, decidiremos.

Ambos aventureros se trasladaron a sus habitaciones donde se zambulleron en el lecho, quedando dormidos como lirones, mientras *sir* Hamilton se preocupaba de vestirse para realizar las gestiones de que se había hecho cargo.

A las doce, llamó al Ministerio y se puso al habla con el ayudante del ministro.

—Oiga, aquí el embajador de Inglaterra ¿está su excelencia Chi-Huan

?

—Espere usted momento, señor embajador, voy a comunicarle su pregunta.

—Dígale que preciso hablarle urgentemente de un asunto que no admite demora.

El ayudante transmitió el recado y el ministro, alarmado por el

perentorio aviso, tomó el aparato poniéndose él mismo al habla.

—Dígame, *sir* Hamilton, ¿de qué se trata?

—Excelencia, el asunto no es para tratarlo por teléfono. ¿Puede usted recibirme inmediatamente?

—¿Cómo no? ¡Mi indigna persona está siempre a la disposición de su alta sabiduría!

—Pues dentro de diez minutos me tiene usted ahí.

En su auto se trasladó al Ministerio, donde ya era esperado por el ministro.

Sir Hamilton le rogó que le recibiese en un sitio reservado de todo posible espionaje y cuando se encontraron a solas,

Chi-Huan

preguntó nervioso:

—¿Qué sucede para todo este aparato?

El embajador extrajo la carta de su cartera y se la entregó al ministro en silencio.

Éste, después de leerla con nerviosismo, preguntó:

—¿De dónde ha sacado su excelencia este precioso documento?

—¿Quiere que me reserve un momento los detalles? —preguntó —. Sería muy largo y le haría perder un tiempo precioso. A estas horas, es fácil que el interesado sepa que este documento comprometedor le ha sido robado y quizá cuando su excelencia intente maniobrar sea tarde.

—¡Oh, tiene usted razón!... ¡Wang-Cheng!... Alta personalidad en la corte... Hombre a quien nuestro emperador ha colmado de atenciones... y

Yi-Yan

, ese general ambicioso a quien todo honor le ha parecido poco... Bien, voy a ocuparme de ese asunto inmediatamente.

—¿Dónde está Yi-Yan? —preguntó el embajador.

—¡Oh, muy cerca de Pekín! Está realizando maniobras con una división en Kalgán, cerca de la frontera del Manchalo.

—¿Y no puede ser un peligro tenerlo tan cerca al mando de tanta gente?

—¡Oh, claro que sí, daré cuenta inmediata al emperador y obraré de acuerdo con sus instrucciones!

—Bien; yo he cumplido con un deber cerca de ustedes advirtiéndoles del peligro que corren. Ahora, en sus manos queda

tomar medidas que eviten un posible golpe de Estado.

—Y yo se lo agradezco a su excelencia en mi nombre y en el del emperador, sin perjuicio de que él en persona le agradezca el interés demostrado. Con su permiso...

Sir Hamilton se retiró del Ministerio muy satisfecho de la gestión. Sabía que había soliviantado los ánimos oficiales y esperaba que no se haría esperar mucho una acción fulminante contra el terrible Gran Jefe de «El dragón de fuego».

Cuando volvió al palacio de la Embajada Karus y Regis seguían entregados al sueño y no quiso despertarles para darles cuenta de sus gestiones. Cuando éstas empezasen a surtir efecto tendrían tiempo más que sobrado de enterarse.

La visita del ministro al emperador no tardó en dar su apetitoso fruto. Pasada una hora, desde los balcones de la Embajada empezó a observarse un gran movimiento de tropas y *sir* Hamilton se refregó las manos con regocijo.

—Me parece que va a empezar el fregado y no daría dos peniques por la vida de ese ambicioso mogol, si no es que se ha dado cuenta del peligro y ha huido burlando las medidas tomadas contra él.

Para convencerse de que algo iba a suceder, dio orden a uno de sus empleados para que pasase en auto por los alrededores del aislado palacio y poco más tarde aquél regresó comunicando que varios pelotones de soldados se dirigían hacia la morada de Wang-Cheng.

También comunicó que de dos cuarteles próximos había visto salir tropa con dirección Norte y esto hizo sospechar al embajador que también se tomaban posibles medidas contra una inopinada intervención del general

Yi-Yan

Estaba mediado el día, cuando hasta la Embajada llegó el rumor de un nutrido fuego de fusilería que poco a poco fue adquiriendo caracteres alarmantes. Pekín parecía sobresaltado y la gente corría de un lado a otro muy agitada, mientras que cierto grupo de individuos sospechosos, se deslizaban por las callejas, quizás con ánimo de tomar parte en la lucha.

Ésta se había establecido en torno al palacio de

Wang-Chen

, Cuando un pelotón de soldador llegó a la regia mansión y pretendió penetrar en ella, fue recibido con una nutrida descarga de fusilería y la tropa repelió la agresión disparando sobre el palacio, entablándose un atronador tiroteo.

Wang-Cheng, temeroso de un posible ataque, se había procurado refuerzos y no permitía el asalto, lo que obligó a reforzar los pelotones.

Pero pronto éstos se vieron atacados desde la parte exterior. La secta, movilizada sin duda por su terrible jefe, acudía a la lucha y poco a poco Pekín se convirtió en un campo de batalla, donde la poca tropa que había acudido a detener al mogol, se veía acosada y en peligro de ser diezmada por los grupos.

Rápidamente acudieron de los cuarteles nuevos contingentes que engrosaron el de atacantes, pero los afiliados a «El dragón de fuego» también reforzaban sus filas y la batalla se iba generalizando por las calles de Pekín.

Al ruido de la fusilería, Karus y Regís despertaron y al inquirir el origen de aquel tiroteo, *Sir* Hamilton dijo:

—Creo que acabamos de encender la guerra civil en China. Están asaltando el palacio de Wang-Cheng, que se defiende desesperadamente, y a estas horas toman parte en la lucha miles de chinos.

Pronto, al tronar de los fusiles se unió el ladrido de las ametralladoras y más tarde varias baterías de cañones rodaban por el desigual empedrado de las calles.

—¡Por San Jorge! —clamó Regis muy contento—. Si llegan a decirme hace tres que meses que iba a venir a China a provocar una guerra, no lo creo.

Al poco rato, el tronar de los cañones se dejó sentir lento y grave. Las tropas ante la obstinación de los defensores del palacio estaban demoliendo éste a cañonazos, sin conseguir rendir a sus fanáticos moradores.



Las tropas, ante la obsesión de los defensores del palacio...

El cañoneo fue en aumento y algo más tarde, una columna de humo denso y negro, seguido poco después de vívidas llamaradas, anunció a la gente que el palacio ardía por sus cuatro costados.

Poco a poco pareció ir cesando la lucha, pero cuando ésta creíase terminada, un clamor que corrió de boca en boca, acabó de sembrar el pánico:

—¡Yi-Yan!... ¡Yi-Yan! —gritaba la gente enardecida—. ¡Qué viene

Yi-Yan

con sus tropas!

El grito fue como un toque de clarín.

De los cuarteles empezaron a surgir soldados, ametralladoras, cañones y demás demonios de combate, que corrían hacia el Norte en oleadas y algo más tarde el terrible cañoneo entablado, anunció que las tropas del Gobierno se habían enfrentado con los rebeldes.

Toda la tarde se mantuvo el combate de forma viva y agitada. De vez en vez alguna granada llegaba al casco de la ciudad produciendo la alarma y el pánico, pero lentamente el cañoneo fue

cesando, los tiros aislados se apagaron y por fin empezó el desfile.

Las tropas gubernamentales habían logrado sofocar el movimiento insurreccional. El general conspirador había caído al frente de sus tropas en lucha desigual y sus adictos habían huido hacia el desierto, perseguidos de cerca por parte de los leales.

Cuando las sombras de la noche tendieron su mano sobre la ciudad, sólo quedaba de la terrible tragedia un incendio que se iba consumiendo lentamente y el rodar de las ambulancias que transportaban heridos a los hospitales.

El palacio de Wang-Cheng era un montón de ruinas. Nadie pudo saber si su dueño había caído en la lucha o si había logrado huir, pero lo cierto era que «El dragón de fuego» había sufrido un rudo golpe del que tardaría bastante tiempo en reponerse.

El embajador señaló el humo del incendio desde el balcón de la Embajada, diciendo a Karus:

—He ahí su obra, profesor... No se quejará usted de ella.

—Ni el Gobierno. Espero que me den alguna condecoración por mi labor y a Regis también por lo mucho que hizo contra Wang-Cheng.

—¡No! —rugió éste—. Que a lo mejor es amarilla también y no sabe usted el asco que le estoy tomando a este color.

—Bien, lo principal advirtió *sir* Hamilton es que hemos desarticulado la persecución. Ahora, falta ocuparse del resto.

—Del resto nos ocuparemos nos mañana —dijo el profesor. Quiero aprovechar este momento de pánico para largarme y continuar la búsqueda. El tesoro, para nosotros o para nadie...

